



UN MES.

Madrid... 6
Prov. 3 meses... 10

EL OMNIBUS,

EN AÑO.

Madrid... 60
Provincia... 70

LECTURAS PARA TODOS.—SE PUBLICA CADA CINCO DIAS.

SUMARIO.

Al presente número acompañan: Un pliego de EL CAPITAN ARENA, por Alejandro Dumas.—Uno idem de la HISTORIA UNIVERSAL, por Cos-tanzo.—Uno idem de la novela FE, ESPERANZA Y CARIDAD, por Flores.—Uno idem de la HISTORIA DEL REINADO DE FELIPE EGUNDO, por Prescott.

EMOCIONES CONTRARIAS.

Mallorca es un país favorecido del cielo. Viajeros que se complacen en admirar las bellezas de la naturaleza; poetas y artistas que viven interpretándolas, se han extasiado horas enteras contemplando los magníficos panoramas que se descubren desde la cima de alguna de sus montañas. El hombre que se conmueve con el recuerdo de lo pasado, tiene también allí fuentes abundantes de inspiración, pues en aquella campiña pintoresca encontrará multitud de castillos feudales, arruinados unos, otros casi en el mismo estado en que se hallaban en el siglo XIII, si se exceptúa el musgo y las plantas parásitas que han brotado entre las hendiduras de las almenas; monumentos druidicos en el fondo de algunos bosques, y mas que todo edificios construidos por la civilización árabe que ha dejado en aquella comarca profundas huellas de su existencia.

Hallábame hace algunos años recorriendo en unión de algunos amigos la parte N. E. de aquella isla. Tenía nuestra escursión todo el encanto de las peregrinaciones. Nos deteníamos ante los accidentes mas bellos de los paisajes que se ostentaban á nuestra vista, y que un compañero reproducía en su álbum con la misma facilidad y maestría con que pudieran haberlo ejecutado Calame ó Villaamil. Pernoctábamos tan pronto en un pueblo como en las ruinas de una abadía, y aun recuerdo que, habiéndonos una vez sorprendido la noche en un monte cubierto de vegetación hasta su cumbre, verdadero laberinto de creta, del cual no acertábamos á salir, resolvimos tener por techumbre la Via Lactea y demás constelaciones. Aquella vida nómada tenía para mí un encanto indecible. Las impresiones de todo género que recibí en aquellos días, me durarán tanto como me dure la existencia.

En una tarde tibia del mes de julio, destinada á la caza, yendo yo en persecución de un toro, que levemente herido en un ala trataba de escapar á la muerte que le esperaba, con ese ardor selvático y brutal que se apodera del cazador que persigue su presa, saltando zanjás y matorrales, traspasando heredades de dominio particular y ensangrentándome las manos, me interné en un monte poblado de encinas y pinos para coger á mi fugitivo, que cayó muerto en una mata de madreselvas, mas bien por el cansancio que por el plomo. Cuando le tuve en mi poder, observé que me había separado de mis

compañeros hasta perderlos de vista. Me subí á las copas de los árboles, di voces; el eco solo me respondía. Resolví, pues, terciar á la espalda mi escopeta, y dejando vagar mi imaginación dirigime lenta y religiosamente á Artá, pueblo que divisaba á cosa de legua y media, y punto señalado para nuestra reunión.

Me parece que es ayer. El sol poniente me enviaba sus últimos rayos antes de ocultarse en el seno del mar, cuyo oleaje elevaba mi alma á la idea del infinito. La naturaleza se preparaba á entrar en esa hora crepuscular en que todo es misterio y poesía. Las aves se retiraban en bandadas presurosas á sus nidos para referirse sus quejas y sus amores. El cantor de los bosques preludaba sus trinos formando un admirable concierto con el pastor, que conduciendo su rebaño al aprisco, hacia resonar las selvas con su caramillo. ¡Dulces momentos aquellos! ¡Cómo respiraba yo aquel aire embalsamado por el to-

ermita de elegante proporción en sus formas arquitectónicas, y en la cual se tributaba culto á Nuestra Señora del Amparo. Aquella capillita, destacándose entre el verdor de los árboles que la rodeaban, me recordó los templos que el paganismo construía á sus dioses lejos del bullicio de las ciudades. Penetré en ella. Una lámpara de bronce alumbraba el santuario. Creí estar solo, y me preparaba á dirigir lleno de fervor una oración á la Reina de los ángeles; cuando unos sollozos convulsivos me dieron á conocer que no lejos de mí estaba también una mujer, rezando, con los ojos bañados en llanto. Halléndola preguntado cuál era la causa de tan profunda aflicción, me respondió en frases cortadas é inconexas, de las cuales deduje era una madre que pedía á Dios por la vida de su hija querida. Aquella escena me desgarró el alma; tan rudo choque me llenó de tristeza y amargura. Un largo rato estuve contemplando el espectáculo del

dolor mas profundo que se pueda experimentar en la tierra. No quise acudir á esas palabras necias que se emplean por lo común para consolar tales sufrimientos. Ofrecíla, sin embargo, mi brazo para acompañarla, á lo cual me contestó con una mirada fría y glacial, prorumpiendo despues en una carcajada convulsiva. Aquella pobre mujer se hallaba á un paso de la tumba.

Salíme precipitadamente de aquella estancia, sublevadas todas mis ideas, y en el estado en que es fácil adivinar despues de aquella escena tan terrible, ¡Qué es la vida, pensaba yo, si siempre tenemos por delante la idea del no ser, de la nada, de la muerte? ¡Hallará dado Dios al hombre



Vista de la Ibuja en Palma.

millo, la menta y el romero! La luz, al refractarse en unos cerros que descubría á mi izquierda, me ofrecía un cuadro digno del púcel de Claudio de Lorena.

Cruzaba de vez en cuando en mi camino alguna de aquellas aldeanas del país, con su rebecillo y su gran sombrero de paja con lazos oncarados, sus dos trenzas caídas, su mirada lánguida y espresiva, tipo cien veces mas poético é interesante que las aldeanas de Marmontel. Todo me parecía entonces orden, concierto y armonía. Acostumbrado á la vida sedentaria y prosaica de Madrid, á esa lucha incesante de pasiones y sentimientos encontrados, donde el corazón se achica y el cerebro toma grandes dimensiones, no podía menos de impresionarme aquel hermoso contraste. Recordaba el balcón de mi cuarto, en el cual escribo ahora estas líneas, donde tengo por horizonte la casa de enfrente, que dista cuatro pasos, y para solaz de la vista los adoquines de la calle, ó cuatro pies á lo mas del azul del cielo. Comparaba mi existencia con la de aquellas sencillas gentes que disfrutaban diariamente de placeres que para mí eran fugaces y transitorios. La institución social, tal como hoy existe, me parecía un absurdo, y si hubiese encontrado en mi camino á Rousseau, me hubiera abalanzado á él para darle un abrazo.

«La felicidad está aquí,» exclamaba yo.

Un cuarto de hora haría que me hallaba sumergido en tan dulces meditaciones, cuando al doblar un cerro divisé á orillas del camino una

la razón para que sirva de instrumento á su martirio? La rosa que se ostenta fragante en el valle, no piensa en verse mustia y ajada; ¡al menos vive un día! Ni el cervatillo que corre alegre por la foresta sabe que ha de morir. ¿Por qué, pues el hombre ha de tener ese triste privilegio? ¿Qué placer, qué goce puede haber completo con esa idea fija é incesante que nos domina desde que salimos de la infancia?.....

Las sombras habían descendido completamente de las montañas; el triste canto del buho se dejaba oír á largos intervalos, unido al ladrido de los perros, que me parecía en aquellos momentos algo siniestro. Siempre sucede así. Indiferentes los objetos que nos rodean á nuestras penas como á nuestros placeres, nosotros los asociamos á todos los sentimientos que nos animan.

El tañido lúgubre de una campana que tocaba á muerto, me hizo conocer que estaba muy cerca de Artá. Cuando bube llegado á este pueblo, hallé á mis compañeros en la plaza hablando con varios aldeanos, cuyos rostros expresaban la tristeza de que se hallaban poseídos al referir la reciente muerte de Margarita, joven de diez y ocho años, la reina de aquellos valles, y modelo de virtud, de ternura y de belleza, y mas que todo, el cuidado en que estaban por su madre que había desaparecido hacia algunas horas, ignorando la muerte de su hija.

—Acabo de verla en la ermita, dije yo, y su

estado es bastante alarmante; es preciso sin pérdida de tiempo ir á su socorro.

—Si, dijo uno de los del corte, aunque no creo que sobreviva mucho á este golpe.

Retirámonos todos á tomar el descanso que tanto habíamos menester, yo mas que nadie, pues estaba cansado física y moralmente.

Al día siguiente, al despuntar el alba, salimos para continuar nuestra escursión, dejando á Artá preparándose para el entierro de Margarita, que segun nos habian referido el día anterior, tendría cierto carácter de solemnidad.

Aquel triste incidente entibió mucho nuestro buen humor, y destruyó en gran parte el encanto de nuestra expedición.

—El dolor está en todas partes, decía yo.

JOSE PALET.

COSTUMBRES DE SICILIA Y MALTA.

(Conclusion).

«Como el juez Cambó hubiera oído cierto día un ruido á las cuatro de la mañana, corrió á su balcon, desde el cual presencié una riña entre dos hombres, y que el uno de ellos dió una patalada al otro, precisamente debajo de su balcon. El hombre asesinado quedó tendido en el suelo, y el asesino, cuyas facciones habia reconocido clara y distintamente el citado Cambó, se detuvo á coger el sombrero que se le habia caido, firó la vaina del puñal, y desapareció con la mayor precipitación.

«No bien habian transcurrido dos minutos, cuando un panadero que llevaba en la cabeza la canasta con la que iba repartiendo el pan á sus parroquianos, tropezó con aquella vaina, la recogió del suelo, se la puso en el bolsillo, siguió su camino, y se halló muy pronto al lado del cadáver. En aquel mismo momento llegó una patrulla que habia sido atraída por el ruido anterior; se asustó el panadero y trata de ocultarse en la puerta de una casa; pero la patrulla corre detrás de él, lo arresta, lo registra y le encuentra la vaina del puñal, la cual, medida con la hoja que habia quedado clavada en la herida, se vió que ajustaba perfectamente.

«El juez, que permanecía siempre en su balcon, observa todas estas escenas sin perder ninguno de aquellas interesantes circunstancias, pero conserva su silencio y no se resuelve á dar ninguna clase de informe, porque atendida su ciega adhesión á las formas judiciales, quiere que la ley siga desembarazadamente su curso. A su vista habia sido ejecutado el asesinato; á su vista habia sido arrestado el panadero; á su vista fué conducido á la cárcel, y bajo su direccion se procedió á instruirse el sumario. El secreto que tan solo era conocido por Cambó, y que debia haber librado á un inocente de la muerte, quedó sepultado en su pecho.

«Este bárbaro y material magistrado habia interpretado de un modo muy raro el texto legal.

«La jurisprudencia maltesa prevenia que todos los testimonios personales que pudiera presentar el juez, no debieran tener valor alguno, y que debian desatenderse los hechos que llegasen á su conocimiento individual por vias estraordinarias.

«La estupidez de Cambó le hizo seguir á la letra aquel texto. Principiase el proceso; se condució el presunto reo á dar su declaracion, y á sufrir el compulso interrogatorio; las circunstancias le son muy fatales; se evacúan las citas, Cambó oye las acusaciones fiscales, se sigue esta causa con la mayor actividad, y se obtienen semi-pruebas de culpabilidad, que segun el código maltes eran suficientes para aplicar el tormento.

«El pobre panadero sufrió este martirio á la vista de un juez imbécil, el cual con su criminal silencio, se figuraba que ponía su conciencia á cubierto de toda responsabilidad.

«Si el panadero hubiera tenido valor para sufrir los dolores de la tortura, habria probado su inocencia y se habria salvado de la muerte, ya que las medias pruebas no bastan para imponer-

la; pero la hábil crueldad de los verdugos se empezó con tanto acierto en dislocar los miembros de aquel inocente, y en arrancarle las uñas, que no pudiendo ya resistir unos dolores tan fieros, suscribió á declararse culpable.

«Des de esperar que Cambó tomase la palabra y se levantase de su asiento para declarar lo que habia visto y oído; pero no fué así. Llevado de su ciego respeto por la ley, ó mas bien reflexionando que iba á recaer sobre su persona el sello de la ridiculez y del desprecio, si despues de haberse adelantado tanto este proceso, declaraba la verdad y destruía el edificio que tan celosamente habia erigido con sus propias manos, este juez incuso pronunció la sentencia de muerte; el confesor y el verdugo hicieron su deber, y ¡oh inaudita infamia! Cambó permaneció sereno y tranquilo, sin dar la menor señal de inquietud ó sentimiento.

«El verdadero asesino, que fué preso y condenado á muerte á los seis meses por otro crimen que habia cometido, confesó ser el autor del que se habia imputado al panadero, y echó en cara al citado Cambó su culpable apatía y vergonzoso silencio sobre un suceso que el habia presenciado desde su balcon.—Si señor, le decía el verdadero delincuente, yo vi cuando usted movió la cortina y se adelantó á la baranda del balcon en el momento en que yo recogía el sombrero que se me habia caido.

«Lejos de negar los hechos y de disculparse, sostuvo Cambó que su conducta habia sido la de un juez integro, y que otro modo de obrar habria sido ilegal y repreensible. Fué destituido por el gran maestro.

«Voy á referir otro hecho para demostrar hasta qué grado puede llegar la corrupcion de los hombres á quienes está confiado el ministerio mas santo, que es el de juzgar á sus semejantes.

«Habiendo un jóven maltés tenido una disputa con otro de su edad, y creyéndose insultado por haber ocurrido este lance en un público café, sacó su puñal y lo clavó en el corazon de su adversario, y aunque se salvó en aquel momento con una pronta fuga, fué, sin embargo, descubierto al día siguiente y arrestado; pero sostuvo con firmeza que era inocente, y sufrió impávidamente la tortura del pato sin desmentir sus primeras declaraciones.

«Sin embargo, fueron tan graves los cargos y las deposiciones de los testigos, que á pesar de su obstinada negatíva, se le condenó á muerte, con cuya sentencia se habia llegado ya á resignar á beneficio de las eloquentes y religiosas reflexiones que le habia estado haciendo el confesor en la capilla.

«En la víspera del día fatal en que debia ser ajusticiado, trató su padre de hacer el último esfuerzo con el juez que lo habia sentenciado, á cuyo fin se dirigió á su casa al anochecer, y mediante un gratificación que dió al criado, se le abrieron las puertas del gabinete del magistrado, aunque no las de la esperanza, porque el impertérrito juez lo recibió con severo semblante, y le hizo ver la imposibilidad de acceder á sus deseos.

«Persuadido de que no iba á sacar ningun partido con el ruego, hizo brillar á los ojos del juez dos mil coronas de Malta, las depositó sobre el bufete, diciendo que otra suma igual le seria entregada si sabia hallar algun arbitrio para poner á su hijo en libertad.

«Eso es muy difícil, contestó el magistrado á media voz; vaya vd., sin embargo, á visitar á su hijo, la puerta de cuya prision le será franqueada llevando esta orden con mi firma. Dígame vd. que vea el modo de que el confesor lo deje solo por algunos momentos.

«El padre se apresuró á ejecutar exactamente las indicaciones del magistrado.

«¿Mas de qué medios se valdría para salvar aquel reo? El recurso de gracia era imposible, porque el mismo juez no habia cesado de clamar contra la atrocidad de aquel asesinato, declarando que era preciso hacer un terrible escarmiento.

«Envió á buscar al carcelero, que era el único encargado de la custodia de aquel jóven, y le preguntó si habia hecho algunas confesiones. Habiendo respondido el carcelero negativamente, le mandó que se quedase en su gabinete, en tanto

que él salia á consultar algunos libros de jurisprudencia; pasó á su biblioteca, dejó encerrado al alcalde, salió por una puerta oscurada, y tomando otra de las interiores penetró en el calabozo á hablar con el reo.

«Vengo á salvarte, le dijo, yo soy tu juez. Tú vivieras si sigues al pie de la letra las instrucciones que voy á darte. No hay que pensar, sino obedecer ciegamente lo que yo te mando. He aquí este puñal, cógelo, sal por la puerta de la capilla que da sobre la marina, ve corriendo al café en el que cometiste el primer asesinato, entra, haz que te vean y te reconozcan todos los que allí se encuentran; clava atrevidamente tu mortífera arma en el pecho del que se encuentre mas cerca de la puerta. Huye, y deja el puñal en la herida. Te encargo la destreza y la prontitud en volver á este sitio.

«Quedó en el entretanto el juez en el calabozo, lleno de inquietud y de sobresalto, esperando el regreso de aquel criminal, el cual tardó poco en dar la vuelta, como que el café estaba poco distante de la cárcel. Fué de nuevo cargado de cadenas, oyó con mucha atencion las recomendaciones del juez, que le exhortaba á armarse de serenidad y firmeza, y quedó solo, entregado á las mas dulces esperanzas.

«La ciudad se hallaba consternada; habia sido visto entrar precipitadamente en aquel mismo café que habia sido teatro del primer asesinato, un jóven con ojos feroces, arrugada tez, erizado cabello, y la frente cubierta de sudor; todos habian conocido con el mayor asombro que aquel jóven era el mismo reo que se hallaba en capilla.

«Su mano habia dado un golpe mortal á un oficial que se hallaba parado á la puerta del café, y luego habia desaparecido en tanto que todos habian corrido á prestar auxilios á la víctima.

«La imprevista rapidez de estos movimientos, y el desorden que es propio de tales escenas, habia favorecido su fuga; pero ¿á quien podia atribuirse aquel delito? ¿Cómo explicar aquella gran semejanza entre el perpetrador de aquel asesinato y el reo, que cargado de grillos y cadenas, gemia en un lóbrego calabozo? Espiró la víctima. La Valeta estaba llena de forasteros; habia un interés mayor en que no quedaran impunes tamaños delitos; todos los dependientes convenian en que si el segundo delincuente no era el mismo que habia sido sentenciado á muerte, era por lo menos su copia la mas perfecta.

«Se habló mucho de esta historia tan curiosa. El murmullo popular llegó á los oídos del juez, el cual aparentando un exceso de rectitud é imparcialidad, empezó á deducir consecuencias que podian favorecer la causa de aquel miserable que se hallaba en la capilla. Siendo tan grande la semejanza de estos individuos, ¿no podia haber sido cometido el primer asesinato por aquel mismo hombre furioso que acababa de acometer el segundo, en tanto que el acusado, confinado en estrecha prision, sufría todas las angustias de una muerte segura? ¿Y no debia considerarse como un testimonio irrefragable de su inocencia la firmeza y empeño con que habia negado todos los artículos de su acusacion?

«El pálido magistrado manifestó tener algunas dudas y escrúpulos, y para tranquilizarse envió un escribano al calabozo para que diera fé de si allí se hallaba el preso; y asegurado, por supuesto, de que las cosas seguían el curso que él deseaba, tomó sobre sí la suspension de aquel juicio, y mandó que se ampliasen el sumario, haciendo valer el accidente ocurrido últimamente, se concedió un término dilatatorio para hacer nuevas averiguaciones, y de este nuevo sumario resultó la absolucion del reo, el cual fué puesto inmediatamente en libertad.

«El juez asesino se metió en el bolsillo las cuatro mil coronas y murió en su cama, sin que se hubiese trascurrido un atestado tan alto; basta que lo hubo declarada el delincuente diez años despues, en el momento de exhalar el último suspiro.»

«No se ria, excelencia, me decía calabresa, de unas anécdotas tan estrañas, y qué acaso creera que son absurdas ficciones. No señor, no son ficciones mías, estas abundan en Malta, en Girgenti, en Palermo, en Mesina y aun en Liozna; á estos sitios es á donde debian acudir los poetas que no tienen bastante fecundidad para el

artificio de sus dramas. Voy á referir mi última anécdota, que concierne á la ciudad de Liorna, á esta ciudad que ya en el día ha perdido su primitivo carácter de generosidad y franqueza, y en la que ya se ha ido enfriando aquel espíritu hospitalario y encubridor de negociantes quebrados y tramposos.

«Un negociante turco, llamado Faril-Beg, durante su corta permanencia en la citada ciudad, quiso dirigir sus obsequios á una señora liornesa, sin estar informado de la coquetería europea, é interpretando las finas atenciones sociales como una correspondencia á su naciente pasión. Los negociantes de Liorna, que son grandes calculistas, recibían al rico musulmán con tanto mayor gusto, cuanto que era bastante prodigo, muy alegre y jovial en sus modales, de bizarra presencia y muy esmerado en su traje; no es, pues, extraño que con tales perfecciones las señoras le mirasen con buenos ojos.

«Habiéndose dado á este tiempo un baile en casa de uno de los principales habitantes de aquella ciudad, encontró el galante musulmán á la arrogante dama de la que estaba apasionado, y que era la esposa de uno de los principales empleados del gobierno. Este, que era mas celoso de lo que se acostumbra en aquel país comercial, había tenido que hacer un viaje á Florencia, en donde era necesaria su presencia para seguir un pleito de alguna importancia. La joven coqueta, que había quedado en su plena libertad, deseosa de divertirse á espensas del turco, parece que no recibió con desagrado sus declaraciones amorosas, hechas en *lingua franca*, que con dificultad podría entender aquella dama. El musulmán, que dió á la coquetería de la liornesa una aceptación propia á sus deseos, ignorando asimismo que estuviera casada, la hizo una oferta positiva de su mano, y la suplicó que se fuera con él á Constantinopla, en donde le daría el título de esposa en el templo del profeta.

«Queriendo llevar adelante esta dama galante sus peligrosas chanzas, fijando sus miradas en la majestuosa barba de Faril-Beg, le dijo:

«Yo no desprendería las carifusas protestas de vd., si no llevara vd. esa ridícula barba.

«¿Cree vd. de veras que mi barba es ridícula? Apuesta á que no era mas hermosa la de nuestro santo profeta.

«Será lo que vd. guste; pero yo no quiero ver á vd. en tanto que conserve ese adorno que tan solo las cabras tienen el derecho de llevar.

«El turco, que no comprendía bastante bien el italiano, se figuró que la liornesa ponía por condición de su mano el sacrificio de la barba musulmana. Los orientales son capaces de todo cuando aman. Se resolvió, pues, á hacer aquel sensible holocausto.

«Cada golpe de tijera le atravesaba el corazón. Cuando ya hubo concluido el sacrificio; cuando ya la barba quedó despojada de todos sus honores, se presentó en casa de su dama para recibir el premio de una prueba tan sublime de amor.

«Señora, exclamó la doncella, riéndose á carcajada suelta, ahí está el turco *Secatura*, que viene con un gran acompañamiento de turbantes.

«Malo, replicó la liornesa.

«Y con una gran batata de enormes pipas que trae su comitiva.

«Peur.

«Y tiene la barba rasa como la palma de la mano.

«Pésima.

«Con efecto, una docena de turcos con sus grandes trages talares, venían cargados de regalos para la novia, porque ya Faril-Beg, sobre la fe de su soñado convenio, se consideraba casado con toda formalidad; no debiendo estrañarse esta equivocación, porque los matrimonios se efectúan con tanta sencillez en Constantinopla, que la adquisición de una mujer, negocio de no gran importancia entre ellos, no requiere mas solemnidad que la toma de posesión.

«Nuestro turco, que se creía ya dueño de la liornesa, iba á sentar sus cuarteles en la casa de su nueva esposa. Penetra en el gabinete en el que descansaba la hermosa italiana, dejando á su comitiva sentada en euclillas, con toda la seriedad turca, en la primera sala, desplegando los tesoros de hermosos chales de castoreo, de muchas piezas de muselina, y de doce pipas de una descomunal longitud.

«Sorprendida la coqueta en su *deshabillé* de por la mañana, se vio en los mayores apuros, por mas que se esforzaba en dar esplicaciones, valiéndose de toda clase de razones y argumentos, y aun echando mano del ruego y recurriendo por último á su viva irritación para desengañar al turco de su error; nada podía alterar su impávida resolución. ¿No había sacrificado su barba el apasionado Faril-Beg? ¿No había empeñado su fe? ¿Qué contrato mas santo, qué pacto mas inviolable, qué sacrificio mas digno de recompensa?

«Difícil habría sido calcular la conclusion de esta escena original, que por cada momento tomaba mayor violencia, si la imprevista llegada del marido no hubiera libertado á la dama de tan angustioso lance. Admirado de ver doce turcos armados de pipas, tranquilamente aposentados en la antecala de su casa, se figuró al principio que sin duda habrían entrado allí por equivocación. Uno de los fumadores le dijo con mucha calma que aquel era el domicilio del atamano Faril-Beg, el cual acababa de desposarse con la señora de la casa.

«Ya no pudo aguantar mas el furioso liornés, y exclamó lleno de ira:

«¡Ah perros! ¿qué hablais de matrimonio, si esa es mi mujer? ¿Y cuándo se ha efectuado?

«Esta mañana.

«Corre como un loco hácia el aposento. Encuentra á su mujer esforzando sus medios de resistencia, y al turco pretendiendo valerse de los derechos que creía haber adquirido.

«¡Esposa mía!

«¡Ah, marido mío!

«Estas fueron las dos exclamaciones en que prorumpieron á un tiempo los dos verdaderos esposos. El liornés, tomando, por supuesto, la defensa de su mujer, hizo ver al turco que sus derechos eran de fecha mas antigua; mas no podía convencer á Faril-Beg, cuyo tenaz empeño hizo necesaria la intervencion de la policía, la cual dió á esta escena un pronto y áspero desenlace. El turco, privado de su barba, arrojando espuma de rabia por la boca, fue embarcado en el mismo buque que lo había traído, y se le obligó á lucirse á la vela en el instante.

«Constantinopla volvió á ver sin barba y sin mujer á uno de sus hijos mas predilectos, y el marido liornés se quedó muy tranquilo en su *lálamo conyugal*».

Estas fueron las divertidas historias con que el viceroe Calafresa entretenía mis horas de ociosidad. Yo quisiera poder reproducir aquella viveza de dición, aquellos gestos expresivos, aquella elocuencia tan pantomímica y aquella poesía natural que imprimía á sus relaciones, y que las daba una grave amenidad que no es fácil transcribir.

MONSIEUR HUME.

Todos nuestros lectores habrán visto que hace cerca de un mes que no se habla mas que de monsieur Hume, y no Hume, como ordinariamente escriben todos los que han hablado de él sin saber su nombre.

¿Qué es, pues, Mr. Hume, que ha absorbido la atención de la Francia, de la España, de casi todo el mundo, de los palacios, de los salones, de los sabios y de los curiosos, á espensas de las turbaciones políticas que agitan al mundo?

He aquí la relación de testigos; nosotros daremos nuestro parecer luego.

Monsieur Hume, dice uno, es un personaje que posee una fortuna independiente, y que lejos de querer presentarse en espectáculo, no concede sino á algunos amigos inmediatos aquel raro favor para ser testigos de su singular poder. Varias veces se le han ofrecido sumas enormes porque diese lo que se llama reuniones. Constantemente se ha negado á ello. Es todavía muy joven. Pertenece por su madre á la tierra clásica de la superstición y los milagros, la Escocia. Apenas ha conocido á su madre, empero frecuentemente se le aparece esta. Desde que se le ha aparecido es cuando ha tenido el don de mandar á los espíritus. Por deferencia á un voto ó deseo de la moribunda se ha hecho católico,

y es un espíritu eminentemente religioso. Uno de los mas elocuentes apóstoles del catolicismo, el padre jesuita Ravignan, le suplicaba varias veces renunciase á todo comercio sobrenatural.

«Bien lo quisiera, pero no puedo, respondió Mr. Hume. No depende de mí sustraerme al poder que en ciertos momentos se despierta en mi alma, y que ejerzo á mi pesar.

Para librar á Mr. Hume de su obsesión, el padre Ravignan le ha recomendado la distracción, los viajes y una vida activa. Todo esto lo ha ensayado sin llegar á conseguir restablecer el equilibrio entre su alma y su cuerpo.

Llamado á las Tullerías ante una augusta asamblea, dicen los testigos, Mr. Hume ha hecho mover un almohadon que tenía apretado muy fuertemente; hizo dar tres golpes detrás de la cabeza que gobierna aquel brazo; movió á una campanilla que cayese de la mano del que la tenía, atravesase un inmenso salon para pasar á otra parte, y la campanilla obedeció puntualmente, por último, de orden suya resonaron los violinos con golpes distintos, claros y contados, bajo dedos invisibles, y un piano tocó solo la música que le pedía el sucautador; movió á diez pasos del instrumento.

Otro tercer testigo dice que se hallaba en una casa de un personaje, cuyo nombre marca con las iniciales de M. X., y que la reunion se hallaba compuesta de una veintena de personas, entre las que había muchas señoras que no aguardaban ver á Mr. Hume, cuando sobre las diez se introdujo un caballero, que fue presentado inmediatamente por el amo de la casa como el celebre evocador de los espíritus, tan á la moda en aquellos momentos, y vieron que Mr. Hume es un hombre de una altura regular, ni gordo ni delgado, ni moreno ni rubio, con facciones bastante expresivas, llevando bigotes y patillas, vestido como todo el mundo; en fin, una individualidad como se presentan en todos los salones.

Después de algunas palabras prononciadas en escocote francés, Mr. Hume, colocándose contra la chimenea, dijo que estaba á disposición de la sociedad, y que haría todo cuanto viesesen á bien pedirle. Inmediatamente una señora le rogó que hiciese dar vueltas á la mesa que se hallaba en medio del salon. Sin dar pasos, sin contacto mas ó menos prolongado de Mr. Hume, sino mas que estar apoyado en la chimenea, sin moverse de su sitio, solamente concentrándose en sí mismo como para reunir todo su poder misterioso, y contrayéndosele el rostro, antes de un medio minuto estendiendo la mano en dirección de la mesa, que inmediatamente se puso á moverse lentamente, aumentando su rapidex poco á poco hasta que giraba como un trompó. Se pidió á Mr. Hume que la parase, y la mesa se detuvo inmediatamente. Después de esto hizo parar y andar las agujas de dos relojes colocados en distintos salones, con sola su voluntad y solo estender lo mano. Luego se agitaban todas las campanillas de la casa, y una señora, habiendo pedido si podía hacerla traer un libro que señaló, y que se encontraba en un estante de la biblioteca, al otro estremo de la casa, la puerta vidriera de la biblioteca se abrió, y el libro, como arrojado por una mano invisible, vino á caer en la falda de la persona que lo había pedido.

Después de este juego, ó más bien de este prodigio, que causó una viva impresión, monsieur Hume hizo tocar al piano cuantas canciones le indicaron. Arrancó de manos de algunos caballeros los pañuelos que tenían. Por último, se pidió á Mr. Hume que obrase por su propia inspiración, para dar una prueba de su dominio sobre los espíritus que le obedecen. Apenas habian formulado la demanda, cuando todos, por espacio de algunos segundos, sintieron una sensación indefinible, sensación efecto de que el piso parecia huir bajo los pies, ó mas bien como si las gentes estuviesen colgadas en el aire; luego, de pronto, se apagaron todas las luces que había en el cuarto. Se oyó á la mesa moverse, los relojes abrirse, el piano tocar de un modo confuso y fuerte, y retemblar las puertas con estrépito. Después volvieron á encenderse las bujías repentinamente; pero ya no estaba allí monsieur Hume: había desaparecido.

Algunos instantes después, cada cual trataba de reponerse de aquella escena que había causa-

do un asombro universal. Apareció un criado que monsieur Home acababa de salir de la casa, y rogaba á la sociedad le dispensase no se hubiera despedido de ella, como hubiera debido hacerlo. Naturalmente las escenas que acababan de pasar, fueron el objeto de todas las conversaciones en casa de M. X... pero hablan impresionado mucho á cada cual para que pudiesen conservar la alegría de su espíritu. Así es que la sociedad se terminó temprano.

Uto, Mr. Eugenio Yinot, autoridad seria, dice que una de los prodigios mas sorprendentes que ha obrado Mr. Home, es el evocar la mano de una persona muerta, y hacerla tocar á una persona viva. Se comprende el efecto que produce el anuncio solo de este milagro, cuando Mr. Home, que es un jóven pálido y de una fisonomía expresiva, fijando sobre su auditorio una profunda y triste mirada, dice con voz imponente:

—Colocad la mano debajo del tapete de la mesa, despues nombrad la persona muerta cuya mano queréis que estreche la vuestra.

Las señoras se estremecen, y casi todas resusan este apretón de manos.

En embargo, una noche, en un salon del barrio de Saint-Honoré, una señora polaca, madama H..., que habia aceptado la invitación de Home, habia colocado su mano bajo el tapete, y dijo queria tocar la mano de su hermana, muerta hacia algunos años. Inmediatamente Mad. H., palideciendo, dice con voz temblona de emoción, que sentia una mano fria estrechar la suya.

—Pero, añadió, ¿cómo he de saber yo que es la mano de mi hermana?

—Va á probaroslo con algún signo íntimo, replicó Home.

Mad. H. trata varias sortijas en sus dedos, y una de ellas le habia sido dada por su hermana. La mano fria cogió la sortija, la hizo dar vueltas en el dedo, y abrió el secreto que encerraba caballos de la difunta.

—¡Ah! no me cabe duda, es la de mi hermana, exclamó Mad. H., hecha un mar de lágrimas.

Aquella escena de un terrible efecto, ha sido reproducida varias veces por el mágico en los salones donde se ha mostrado, y todas sus apariciones han producido la mas viva impresión.

Es cierto que hay oien personas graves en París, que afirman haber visto el prodigio, y los mas sabios, los más escépticos, se reducen á declarar yo no lo creo, pero lo he visto.

Mr. Achard alza una punta del velo sobre este misterio americano.

—En un salon, dice, *trabajando* Mr. Home, las damas reclamaron la evocación de un héroe de fidelidad.

Una voz pronunció el nombre de Chactas.

Fue adoptado con entusiasmo. Un héroe casi real y del. Solo un salvaje es capaz de este milagro.

Mr. Home fué invitado á rogar al espíritu que evocase á Chactas.

Llamó al espíritu. De pronto se abre una puerta, y un soberbio salvaje apareció en traje de guerra. Era Chactas.

Llegó la sorpresa hasta desmayarse algunos. Sin embargo, una jóven, mas atrevida que sus vecinas, preguntó al salvaje.

Responde cual un hombre civilizado. (Lo que es el heroísmo)

Un diario no hubiera sabido mejor lo que pasaba en París.

—Es un folletín este salvaje, dijo uno de los curiosos.

Dieron gracias á Mr. Home de su complacencia, y cada cual declaró que la comunicacion con los espíritus era una verdad.

Algun tiempo despues, la misma compañía que habia asistido á este prodigio de Mr. Home, se reunió en otra casa donde un viajero llevó á monsieur Home.

—Pero esto es una broma, dijo una señora. Este Mr. Home no es el verdadero.

El viajero ofreció buscar testigos.

—Yo tengo veinte, dijo la señora, y con una mano señaló las personas que la rodeaban.

Una carcajada interrumpió el debate. Uno de los testigos de la escena dejó su sillón, cogió á uno de sus amigos de la mano, é hizo señal á otro para que se le acercase.

—He aquí á Mr. Home, he aquí á Chactas.

Entonces se comprendió todo. Mr. Home aquella noche no obtuvo ningún éxito.

—Yo he visto uno falso que era tan verdadero, decía el amo de la casa, que he tenido miedo de que el verdadero no fuese falso.

Lo cierto es que el Home no es un mito. Si algunos falsos Home han abusado de su nombre, es cierto que ha hecho cosas extraordinarias é inexplicables, que han vuelto locos hasta á los miembros de la Academia de Ciencias.

¿Es esto prestidigitación, electricidad, magnetismo, magia blanca ó negra?

Esta es la cuestión, y será resuelta tal vez dentro de dos meses, porque Mr. Home acaba de ir á América á buscar y traer á su hermana, todavía mas poseída que él, según dice.

Lo que nos hace dudar de la magia de Mr. Home, es que se ha marchado en un camino de hierro y despues en un buque de vapor, como un simple ómnibus.

Si fuese brujo viajaría en globo, ó al menos con las botas de aquel cuento que nos referian cuando niños, que de cada paso que daba el encantador andaba siete leguas.

Lo cierto es que él ha hecho su salida en el mundo con talento y buen éxito; que su vuelta la esperan todos, y que es un personnage célèbre en París, donde la cosa no es tan fácil.

Un periódico español, *El Paralelo*, ha estado cerca de un mes entreteniendo á los habitantes de Madrid con las ocurrencias de Mr. Home y la esperanza de su venida á esta capital de ambos mundos.

EL MARQUÉS DE LA ROMANA.

El marqués de la Romana nació en la isla de Mallorca, de una antigua é ilustre familia. Su educación fué muy esmerada, y su brillante talento le hizo sobresalir y adelantar considerablemente en los estudios, llegando á poseer diversas lenguas con la mayor perfección. Abrazó desde su juventud la carrera de las armas, é hizo en 1793 la campaña contra la república francesa, á las órdenes de su tío el célebre general don Ventura Caro. Distinguióse durante esta guerra por la organización de un cuerpo de infantería ligera, señalándose en muchos encuentros, y particularmente en el de Viriaton, en que fué herido.

En 1795 hizo con igual intrepidez y valor la guerra en Cataluña, y despues de la paz viajó por Francia y por otros países de Europa.

Cuando en 1807 Carlos IV, en virtud de órdenes de Napoleon hizo marchar quince mil españoles para reunirse al ejército francés del Norte, el marqués de la Romana fué nombrado general en jefe de estas tropas auxiliares, que tanto se distinguieron por su disciplina, valor y bizarría. Apenas supo, hallándose en la isla de la Fionia, los sucesos del 2 de mayo en Madrid, cuando concibió el proyecto de abandonar á los opresores de su patria, y habiendo encontrado medio de concertarse secretamente con los enviados españoles en Londres, pudo burlar la vigilancia del principe de Pontecorvo, el mariscal Bernadote, y reuniendo la mayor parte de sus tropas, logró embarcarse á bordo de buques ingleses y conducirlas al socorro de sus compatriotas, hallándose estas en la sangrienta batalla de Espinosa.

Nombrado general en jefe del ejército de la izquierda, sostuvo en 1809 la retirada del general inglés Moore, desplegando en esta ocasion la mayor audacia y presencia de ánimo, y despues de reembarcado el ejército británico, la Romana, costeando las orillas del Miño, se replegó á la provincia de Orense, en donde se estableció, y reuniendo los cuerpos dispersos y partidas sueltas, no cesó de hostilizar á los enemigos con reiterados ataques que entorpecian las operaciones de estos, al mismo tiempo que aguerrian á los españoles.

Entre otras ventajas se apoderó de Villafranca del Bierzo, haciendo prisionera su guarnición, y penetrando en Asturias, sostuvo siempre con coasistencia la guerra.

Nombrado por la provincia de Valencia miembro de la Junta Central por fallecimiento del

principe Pio, marchó á su destino, contribuyendo mucho por sus luces y experiencia á las resoluciones de aquella, hasta que la invasión del ejército francés en Andalucía en 1810, y los revases sufridos en aquella época por los ejércitos españoles exasperaron á la nación, y de resultas depositó aquella el mando y gobierno supremo en un Consejo de Regencia. Este confirió al marqués de la Romana el mando del ejército de Estremadura, que ocupaba entonces las márgenes del Guadiana, y despues de haber sostenido el entusiasmo de los habitantes de aquella provincia, y organizado su ejército, marchó la Romana con parte de él á reunirse en las líneas de Torres-Vedras con lord Wellington, quien manifestó al general español una entera deferencia, y le dió pruebas señaladas de estimación y confianza. Encargado de defender, en unión con el general inglés Hill, la ribera izquierda del Tago, las sabias maniobras del mariscal Massena no bastaron para desalojar de su posición á estas tropas combinadas.

El marqués de la Romana murió de repente en enero de 1814, en Cartaxo, en Portugal, de una aneurisma en el corazón, causada, según opinión de los facultativos, por las continuas fatigas y ejercicio á caballo.

Llevó al sepulcro el sentimiento universal del ejército, de los aliados y de la nación, que perdió en él uno de sus mas valientes patriotas, y aun de sus enemigos, que no han podido menos de apreciar el valor, talentos militares y lealtad inalterable que formaban su carácter

MISCELANEA.

EL CONTRABANDO.—A la vuelta de Francia, para España, una señorita habia tenido la imprudencia de confiar á sus compañeros de viaje, que traía de Francia un bonito regalo para su hermana; tratábase de un velo de encaje oculto bajo su corsé. Detúvose la diligencia en la aduana de Irun, y mientras registraban el carruaje, uno de los viajeros, que por su estatura y complacencia incomodaba mucho en el viaje, pareció entrar misteriosamente en la oficina. Volvió seguido muy pronto de un carabnero, que invitó á la señora á que inviese la bondad de prestarse á cierto examen; pero el discreto aduanero añadió que era su muger la encargada del reconocimiento. Fue descubierto el velo, confiscado, y se sabió en la diligencia maldiciendo en alta voz al villano delator.

—Señora, dijo éste cuando llegaron á cierta distancia de la aduana, no haga vd. tanto ruido por un trapo de cincuenta onzas; yo llevo sobre mí por valor de mas de ocho mil duros, y en la primera parada me apresuraré á ofrecerle á usted un velo mucho mejor que el que ha perdido, el que yo le he hecho que le quisesen á vd., y que ha salvado los míos, porque así han visto que, denunciando yo, era incapaz de llevar un contrabando mas superior que el de vd.

EL PADRE ETERNO.—Y bien, querido, ¿cuándo me pagas mi letra de cambio?

—Sabes que no puedo pagar sino con mi herencia; y francamente, no puedo desear la muerte de mi padre.

—¿Cómo? ¿Todavía no ha muerto tu padre?

—No, gracias á Dios.

—¿Caray! Yo sabía que habia un Padre Eterno, pero ignoraba que hubiese dos.

LA DAMA CORTESANA.—La reina madre de Luis XIV, decía un dia á una dama en cinta:

—Que placer tendria en que parieses en este mes de agosto, á fin de que pudieses venir conmigo al sitio de Fontenoy á pasar la jornada.

La dama, al volver á su casa, dijo á su marido que era preciso enviar á buscar al comadron, porque queria parir en la noche siguiente, por no incurrir en el desagrado de una reina tan buena.